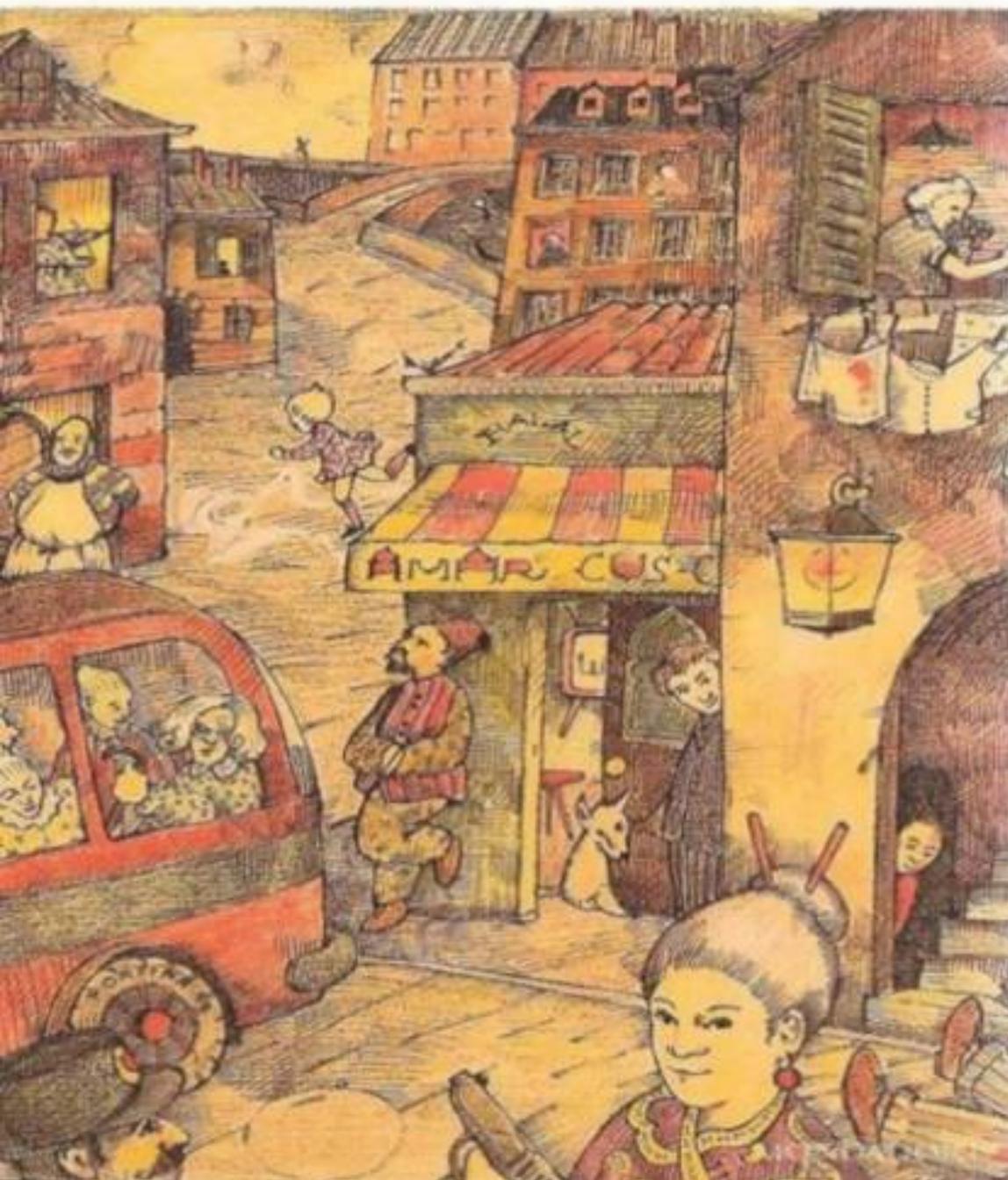


Daniel Pennac  
EL HADA  
CARABINA



Ancianas que plantan cara a los jovencitos, vejetes que se drogan instigados por una misteriosa enfermera, comisarios que enseñan a robar... y Benjamin Malaussène tiene que hacer frente a todo ello. Cuando empezó a escribir *El hada carabina*, segunda entrega de las aventuras de la tribu Malaussène, Daniel Pennac se dijo: «Voy a divertirme dando vuelta a los estereotipos; y no a uno, sino a todos de manera sistemática». Y logró crear una gran novela —premiada en varias ocasiones— en la cual, además de la intriga, brillan la ternura, la profundidad psicológica, el sentido del humor y la denuncia social.

Al Seguro

Para Igor, para André Vers, Nicole Schneegans,  
Alain Léger y Jean-François Carrez-Corral.

Y cada palabra en recuerdo de Jean y de  
Germaine.

Y nadie salvó a nadie por la espada. Era una  
novedad, para el perro y para mí.

Robert Soulat *L'Avant-Printemps*

—¡Qué lástima, envejecer! —decía mi padre—,  
pero es el único medio que he encontrado para  
no morir joven.

# I LA CIUDAD, UNA NOCHE

La ciudad es el alimento  
preferido de los perros.

## 1

Era invierno en Belleville y había cinco personajes. Seis, contando la placa de hielo. Siete, incluso, con el perro que había acompañado al Pequeño a la panadería. Un perro epiléptico, su lengua colgaba de través.

La placa de hielo parecía un mapa de África y cubría toda la superficie del cruce que la anciana había comenzado a atravesar. Sí, sobre la placa de hielo había una mujer, muy vieja, de pie, titubeante. Hacía resbalar una pantufla por delante de la otra con milimétrica prudencia. Llevaba un capazo del que sobresalía un puerro de segunda mano, un viejo chal sobre los hombros y un aparato acústico detrás de la oreja. A fuerza de reptante progresión, sus pantuflas la habían llevado, digamos, hasta el centro del Sahara, en la placa en forma de África. Tenía que tragarse todavía todo el sur, los países del *apartheid* y todo eso. A menos que cortara por Eritrea o Somalia, pero el mar Rojo estaba horriblemente helado en el arroyo. Esos cálculos trotaban bajo el cepillo del rubiales de loden verde que observaba a la vieja desde su acera. Y en ese caso al rubiales le parecía tener una imaginación estupenda. De pronto, el chal de la vieja se desplegó como un velamen de murciélago y todo se inmovilizó. Había perdido el equilibrio; acababa de recuperarlo. Decepcionado, el rubiales blasfemó entre dientes. Siempre le había parecido divertido ver a alguien rompiéndose la crisma. Formaba parte del desorden de su rubia cabeza. Sin embargo, vista desde fuera, aquella cabecita parecía impecable. Ni un pelo más alto que otro en la tupida superficie del cepillo. Pero no le gustaban demasiado los viejos. Los encontraba vagamente sucios. Los imaginaba... por debajo, para decirlo de algún modo. Ahí estaba, pues, preguntándose si la vieja iba o no a escoñarse en aquel

témpano africano, cuando descubrió a otros dos personajes en la acera de enfrente, que no dejaban de tener relación con África, por otra parte: unos árabes. Dos. Africanos del norte, vamos, o magrebíes, que eso depende. El rubiales seguía preguntándose cómo llamarlos para no parecer racista. Era muy importante, con las opiniones que eran las suyas, no parecer racista. Era Frontalmente Nacional y no lo ocultaba. Pero precisamente por ello, no quería que le dijeran que lo era porque era racista. No, no, como le habían enseñado antaño en la gramática, no se trataba de una relación de causa, sino de consecuencia. El rubiales era Frontalmente Nacional, de modo que había podido reflexionar objetivamente sobre los peligros de la inmigración salvaje; y había llegado a la conclusión, con perfecto sentido común, de que era preciso dar el bote enseguida a todos esos moracos, primero por la pureza de la ganadería francesa, por el paro luego y, finalmente, por la seguridad. (Cuando se tienen tantas buenas razones para tener una opinión sana, no debemos dejarnos ensuciar por ciertas acusaciones de racismo).

En resumen, la vieja, la placa en forma de África, los dos árabes en la acera de enfrente, el Pequeño con su perro epiléptico y el rubiales que le da al coco... Se llamaba Vani ni, era inspector de policía y le preocupaban, sobre todo, los problemas de Seguridad. De ahí su presencia aquí y la de los demás inspectores de paisano diseminados por Belleville. De ahí el par de esposas cromadas bamboleándose en su nalga derecha. De ahí su arma de servicio, metida en la funda, bajo la axila. De ahí el puño americano en su bolsillo y el espray paralizante en su manga, personal aportación al arsenal reglamentario. Utilizar primero este para poder golpear tranquilamente con aquel, un truco suyo que había resultado efectivo. Porque, a fin de cuentas, existía el problema de la Inseguridad. ¡Las cuatro ancianas degolladas en Belleville en menos de un mes no se habían abierto solas en canal!

Violencia...

Pues sí, violencia...

El rubiales Vanini dirigió una larga mirada pensativa a los árabes. A fin de cuentas, no podía permitir que sangraran a nuestras viejas como si fueran cabras, ¿verdad? De pronto, el rubiales sintió una real emoción de salvavidas; allí estaban los dos árabes, en la acera de enfrente, charlando como si la cosa no fuera con ellos en su propia jerigonza, y él, el inspector Vanini, en esta acera, con su cabeza muy rubia y, en el corazón, el delicioso sentimiento que te caldea justo cuando vas a zambullirte en el Sena hacia la mano que se agita. Llegar a la vieja antes que ellos. Fuerza de disuasión. Puesta en práctica enseguida. He aquí al joven inspector que planta un pie en África. (Si algún día le hubieran dicho que haría semejante viaje...). Progresaba con segura zancada hacia la anciana. Él no resbala sobre el hielo. Sus pies calzan unos borceguíes con crampones, esos que no se quita desde su Preparación Militar Superior. Hele aquí, pues, caminando sobre el hielo en auxilio de la tercera o cuarta edad, sin apartar los ojos de los árabes, allí enfrente. Bondad. En él ahora todo es bondad. Pues los frágiles hombros de la anciana le recuerdan, de pronto, los de su propia abuela, la suya, la de Vanini, a la que tanto quiso. Lamentablemente, la quiso tras su muerte. Sí, los viejos mueren a menudo demasiado pronto; no aguardan la llegada de nuestro amor. Vanini le había reprochado mucho a su abuela que no le hubiera dado tiempo para amarla cuando vivía. Pero bueno, amar a un muerto es, a fin de cuentas, mejor que no amar en absoluto. Al menos eso pensaba Vanini, aproximándose a la ancianita que vacilaba. Incluso su capazo era conmovedor. Y su aparato auditivo... La abuela de Vanini también había sido sorda durante los últimos años de su vida, y hacía ese mismo gesto que hace ahora la anciana dama: regular continuamente la intensidad de su aparato girando la pequeña ruedecilla entre la oreja y los escasos pelos de esa parte del viejo cráneo. Aquel gesto

familiar con el índice, sí, era propiamente la abuela de Vani-ni. El rubiales, ahora, parecía amor fundido. Casi habría olvidado a los árabes. Estaba ya preparando su frase: «Permítame que la ayude, abuela», que pronunciaría con una dulzura de nieto, casi un murmullo, para que aquella brusca irrupción del sonido en el amplificador auditivo no sobresaltara a la anciana dama. Ahora estaba ya solo a un paso de ella, lleno de amor, y entonces ella se dio la vuelta. Por completo. Tendiendo el brazo hacia él. Como señalándole con el dedo. Salvo que en vez del índice, la anciana dama blandía una P.38 de época, la de los alemanes, un arma que ha recorrido el siglo sin pasar ni una pizca de moda, una antigualla que sigue siendo moderna, un instrumento tradicionalmente asesino, de hipnótico orificio.

Y apretó el gatillo.

Todas las ideas del rubiales se diseminaron. La cosa produjo como una hermosa flor en el cielo de invierno. Antes de que el primer pétalo cayera, la anciana había devuelto el arma a su capazo y proseguía su camino. El retroceso, por lo demás, la había hecho progresar más de un metro sobre el hielo.

## 2

Un crimen, pues, y tres testigos. Salvo que cuando los árabes no quieren ver nada, no ven nada. Es, en ellos, una costumbre extraña. Debe de ser por su cultura. O por algo que no han comprendido muy bien de la nuestra. Y por lo tanto, los árabes no han visto nada. Probablemente, ni siquiera han oído: «¡Pam!».

Quedan el mocoso y el perro; pero lo que ha visto el Pequeño, por su parte, tras sus gafas de aros rosados, es la metamorfosis de la cabeza rubia en flor celeste. Y eso lo ha maravillado tanto que ha puesto pies en polvorosa para venir a casa y contárnoslo, a mí, Benjamin Malaussène, a mis hermanas y hermanos, a los cuatro abuelos, a mi madre y a mi viejo colega Stojilkovitch, que está pegándome una paliza al ajedrez.

La puerta de la exquincallería que nos sirve de apartamento se abre de pronto ante el Pequeño que comienza a berrear:

—¡Eh! ¡He visto un hada!

La casa no deja por eso de funcionar. Mi hermana Clara, que prepara una pierna de cordero a la Montalbán, solo pregunta, con su voz de terciopelo:

—¿De verdad, Pequeño? Cuenta, cuenta...

Julius el Perro, por su parte, se va directo a su escudilla.

—¡Un hada de verdad, muy vieja y muy simpática!

Mi hermano Jérémy lo aprovecha para intentar librarse del curro:

—¿Y te ha hecho los deberes?

—No —dice el Pequeño—, ¡ha transformado a un tipo en flor!

Como nadie reacciona ni una pizca, el Pequeño se acerca a Stojilkovitch y a mí.

—De verdad, tío Stojil, he visto un hada, ha transformado a un tipo en flor.

—Mejor es eso que lo contrario —responde Stojil sin apartar los ojos del tablero.

—¿Por qué?

—Porque el día en que las hadas transformen las flores en tipos, el campo no será ya frecuentable.

La voz de Stojil se parece al Big Ben en la niebla de una película londinense. Tan profunda que se diría que el aire palpita a tu alrededor.

—Jaque mate, Benjamin, mate a la descubierta. Esta noche pareces muy distraído...

No es distracción, es inquietud. Mis ojos no se fijan realmente en el tablero. Mis ojos espían a los abuelos. Mala hora para ellos, la puesta de sol. Entre dos luces, el demonio de doparse los asalta. Su cerebro reclama el jodido pinchazo. Necesitan su dosis. No es momento para perderlos de vista. Los niños comprenden la situación tan bien como yo y todos hacen lo que pueden para ocuparse del abuelo que les corresponde. Clara pregunta cada vez más detalles al yayo Riñón (excarnicero en Tlemcen) sobre la pata de cordero a la Montalbán. Jérémy, que repite quinto, afirma querer saberlo todo sobre Molière, y el viejo Risson, su abuelo personal (un librero jubilado) multiplica las indiscreciones biográficas. Mamá, inmóvil en su sillón de mujer preñada, permite que el yayo Peluca, un antiguo peluquero, le haga y deshaga sin cesar la permanente, mientras el Pequeño suplica a Verdún (¡el decano de los cuatro abuelos, noventa y dos tacos!) que lo ayude a completar su página de caligrafía.

Cada anochecer el mismo ritual: la mano de Verdún tiembla como una hoja pero, en su interior, la del Pequeño la estabiliza, y el ancestro cree a pies juntillas que su caligrafía inglesa es tan hermosa como antes de la Primera Guerra. Sin embargo, Verdún está triste, hace que el Pe-

queño escriba en su cuaderno un solo nombre: *Camille, Camille, Camille, Camille...* Línea tras línea. Es el nombre de su hija, muerta hace sesenta y siete años, cuando tenía seis, justo al final de la última, segada por la ráfaga postrema, la de la gripe española. Verdún tendía sus manos hacia la imagen de Camille cuando comenzó a pincharse, se soñaba, saltando de su trinchera, zigzagueando entre las balas, cortando las alambradas, evitando las minas y corriendo hacia Camille, sin fusil, con los brazos abiertos. Atravesaba así toda la Gran Guerra y encontraba a una pequeña Camille muerta, momificada, más apergaminada a los seis años de lo que él mismo está hoy. Doble dosis en la jeringa.

Desde que se ha metido en casa, Verdún no se pincha. Cuando el pasado le salta a la garganta, mira solo al Pequeño, con los ojos anegados, y murmura: «¿Por qué no eres mi pequeña Camille?». A veces, suelta una lágrima en el cuaderno de caligrafía, y el Pequeño dice:

—Has hecho otro borrón, Verdún...

Es tan desgarrador que el exseminarista Stojilkovitch, exrevolucionario, exvencedor de los ejércitos Vlassov y de la hidra nazi, que Stojil, conductor ahora de un autobús para turistas CCCP, y para ancianas solo los sábados y los domingos, que Stojil, como decía, se aclara la garganta y gruñe:

—Si Dios existe, espero que tenga una buena excusa.

Pero la que se encarga del trabajo gordo en esa hora crítica del anochecer es mi hermana Thérèse.

Actualmente, en su rincón de bruja, Thérèse remienda la moral de yayo Mediasuela. El viejo Mediasuela no se encama en casa. Es el antiguo zapatero de nuestra calle de la Folie-Régault. Tiene su domicilio justo al lado del nuestro. Nunca ha caído. Con él, es cosa de prevención. Es viejo, es viudo, no tiene hijos, la jubilación lo hace polvo: es una presa ideal para los de la jeringa. Un instante de descuido y

el viejo Mediasuela estará tan pinchado como un blanco de concurso. Tras cincuenta años de currar entre zapatos, olvidado por todo el mundo, Mediasuela pasea por el fondo de su depre. Afortunadamente, Jérémy dio la señal de alarma. «¡Alerta!». Y Jérémy envió inmediatamente al Alcalde de Alcaldes un papelucho donde solicitaba (imitando perfectamente la temblorosa escritura de Mediasuela) la Medalla de la Ciudad como recompensa por cincuenta años de trabajo en el mismo tugurio. (Sí, en París te condecoran por eso). ¡Qué alegría la de Mediasuela cuando el Alcalde de Alcaldes respondió OK! El Alcalde de Alcaldes en persona recordaba al viejo Mediasuela. ¡Mediasuela tenía un cu-chitril en la memoria del Alcalde de Alcaldes! Mediasuela era uno de los sagrados adoquines de París. ¡Oh Gloria! ¡Oh Felicidad!

No obstante, esta noche, en vísperas del gran día, Mediasuela las pasa canutas. Tiene miedo de no estar a la altura durante la ceremonia.

—Todo irá bien —asegura Thérèse manteniendo la mano abierta del anciano ante ella.

—¿Estás segura de que no voy a hacer tonterías?

—Como se lo digo. ¿Acaso me he equivocado alguna vez?

Mi hermana Thérèse es rígida como el Saber. Tiene la piel seca, un largo cuerpo huesudo y la voz pedagoga. Es el grado cero del encanto. Trafica con una magia que yo repudio y, sin embargo, no me canso de verla operar. Cada vez que un viejo se planta en casa, absolutamente hecho unos zorros en su interior, convencido de no ser ya nada incluso antes de haber muerto, Thérèse se lo lleva a su rincón, toma autoritariamente la vieja mano entre las suyas, despliega uno a uno los oxidados dedos, alisa largo rato la palma, como se hace con las hojas arrugadas, y, cuando siente aquella zarpa perfectamente relajada (¡manos que no se han abierto realmente desde hace años!), Thérèse comienza a hablar. No sonrío, no halaga, se limita a «hablarles

del porvenir». Y es la cosa más increíble que podía sucederles: ¡el Porvenir! Las tropas astrales de Thérèse actúan de buena gana: Saturno, Apolo, Venus, Júpiter y Mercurio organizan pequeños encuentros sentimentales, elaboran minuciosamente éxitos de última hora, abren perspectivas; en resumen, devuelven prestancia a los viejos esqueletos, demostrándoles que todavía queda hilo en el ovillo. Y siempre sale un jovencito de las manos de Thérèse. Clara saca entonces su aparato fotográfico para fijar la metamorfosis. Y las fotos de esos recién nacidos adornan las paredes de nuestro apartamento. Sí, mi Thérèse de edad indefinida es una fuente de juventud.

—¡Una mujer! ¿Estás segura? —exclama el viejo Mediasuela.

—Joven, morena y con los ojos azules —precisa Thérèse.

Mediasuela se vuelve hacia nosotros con una sonrisa de tres mil vatios.

—¿Lo oís? Thérèse dice que mañana, cuando me entreguen la medalla, conoceré a una preciosidad que transformará mi vida.

—No solo su vida —rectifica Thérèse—, transformará la vida de todos nosotros.

De buena gana me demoraría en la inquietud que se adivina en la voz de Thérèse si el teléfono no comenzara a sonar y yo no reconociera a Louna, mi tercera hermana, al otro extremo del hilo:

—¿Y?

Desde que mamá está preñada (por séptima vez, y por séptima vez de padre desconocido), Louna ya no dice: «¿Sí?», dice: «¿Y?».

—¿Y?

Lanzo una furtiva ojeada a mamá. Está sentada en su sillón, por debajo de su vientre, inmóvil y serena.

—Y nada.

—Pero ¿qué coño espera ese crío, joder?

—La enfermera diplomada eres tú, Louna, no yo.

—¡Pero pronto hará diez meses, Ben!

Cierto es que el pequeño séptimo está ya muy caducado.

—Tal vez tenga la tele dentro, vea el mundo tal cual es y no tenga prisa por salir.

Fuerte risa de Louna. Sigue preguntando:

—¿Y los abuelos?

—Marea baja.

—Laurent dice que puedes doblar el Valium si es necesario.

(Laurent es el marido matasanos de la hermana enfermera. Cada noche, me pegan un telefonazo a la misma hora. Parte meteorológico del alma).

—Louna, ya le dije a Laurent que, en adelante, su Valium somos nosotros.

—Como quieras, Ben, tú llevas el timón.

Apenas he colgado cuando el charlófono, como el cartero (o el tren, ya no me acuerdo), llama por segunda vez.

—¿Me toma usted el pelo, Malaussène?

Jobar, reconozco a esta cigarra furibunda. Es la reina Zabo, suma sacerdotisa de las Ediciones del Talión, mi patrona.

—¡Hace dos días que debería estar trabajando!

Absolutamente cierto. Debido a esta historia de abuelos drogatas, le saqué a la reina Zabo dos meses de vacaciones con el pretexto de una hepatitis vírica.

—Ha hecho bien en llamar, Majestad —le digo—, precisamente iba a pedirle una prolongación de un mes.

—Ni hablar del peluquín, lo espero mañana a las ocho en punto.

—¿A las ocho de la mañana? ¡Se levanta usted muy pronto para esperar todo un mes!

—No esperaré un mes. Si no está usted aquí mañana a las ocho, se encontrará en el paro.

—No hará una cosa así.

—¡Ah! ¿No? ¿Se considera tan indispensable, Malaussène?

—En absoluto. En las Ediciones del Talión solo usted es irremplazable, Majestad. Pero si me da usted con la puerta en las narices, me verá obligado a poner a mis hermanas a hacer la carrera, y también a mi hermano menor, un niño adorable que lleva gafas rosadas. Una falta moral que usted no se perdonaría.

Me ofrece su carcajada. (Una risa amenazadora como un escape de gas). Luego, sin transición:

—Malaussène, le contraté como chivo expiatorio. Le pagan para recibir broncas por mí. Me hace usted mucha falta.

(Chivo, sí, ese es mi curro. Oficialmente «Director literario», pero en realidad: chivo).

Prosigue, brutal:

—¿Por qué quiere usted esa propina?

De una ojeada, abarco a Clara, tras sus fogones, al Pequeño, en la mano de Verdún, a Jérémy, a Thérèse, a los abuelos y a mamá, que reina sobre todo ello, a mamá, lisa y fosforescente como las vírgenes ahítas de los maestros italianos.

—Digamos que mi familia me necesita, especialmente, en estos momentos.

—¿Qué tipo de familia tiene usted, Malaussène?

Tendido a los pies de mamá, Julius el Perro, con su lengua colgante, representa bastante bien el buey y la mula. En sus hermosos marcos, las fotografías de los abuelos parecen apostar por el porvenir: ¡auténticos reyes magos!

—Del tipo Sagrada Familia, Majestad...

Hay un breve silencio al otro lado del hilo, luego, la voz chirriante:

Le concedo quince días, y ni un minuto más.